

corresponde la gloria de haber continuado la guerra, después de la prisión de los primeros caudillos, y de haber organizado el primer Gobierno nacional. Los historiadores y la generalidad han olvidado sus faltas para no tener en cuenta más que ese mérito.

El 2 de Abril de 1899 fué descubierta la estatua que el Estado de Michoacán le hizo erigir en el Paseo de la Reforma de esta capital; pero ni Zitácuaro ni Talpujahuá han pagado la deuda que tienen con el nativo de la una ni con el defensor de la otra.



DON MANUEL VILLALONGIN.

Este insurgente, no obstante que fué de los primeros en tomar las armas en favor de la Independencia y de haber combatido durante varios años, es casi desconocido, y á no ser por algunas referencias que de él hacen los historiadores, y por los trabajos de un coterráneo suyo, quedaría relegado á la categoría de los caudillos anónimos.

Nació en Valladolid el 14 de Julio de 1877, y sus padres, Don José Lino Villalongín y Doña Marfa de la Luz Navarro y Camino, eran personas de buena posición social y perfectamente relacionadas en su ciudad natal. Fué su padrino el Dr. Don José Manuel de Herrera, que después había de figurar en la revolución. El niño Manuel hizo sus primeros estudios en un colegio particular y en seguida se dedicó á las labores del campo en una finca rústica propiedad de su familia; la tradición refiere que era un buen "charro," muy perito en los deportes que tienen relación con el arte de montar á caballo. En 1892 contrajo matrimonio con la señorita Josefa Huerta, perteneciente á una de las principales familias de la ciudad, y tuvo varios hijos, cuyos descendientes viven en Morelia.

"Villalongín era de un carácter entusiasta, fogoso y activo," dice el único biógrafo que ha tenido, y estos sentimientos lo impulsaron á lanzarse á la revolución cuando el Cura Hidalgo llegó á Valladolid después

de lo de Aculco; seguido de algunos mozos de sus fincas, se unió al caudillo cuando éste salió para Guadalajara, dejando á su esposa é hijos en Valladolid. Con el título de Mariscal de campo que le confirió el Generalísimo, tomó parte en la acción del puente de Calderón, á las órdenes de Torres, que mandaba las divisiones de Michoacán y Nueva Galicia. Derrotados los insurgentes, que fiados en obtener la victoria ni siquiera habían designado de antemano un punto de reunión en caso de derrota, los diversos cuerpos que componían el ejército se disgregaron, y cada jefe tomó el rumbo que le pareció más conveniente.

Villalongín se dirigió á Michoacán, cuyo territorio le era muy conocido y que tan admirablemente se presta para la guerra de guerrillas, sistema que instintivamente adoptaron todos los jefes nativos de ella como Muñiz, Navarrete, López, Rayón, etc., los que tan pronto unidos como separadamente consiguieron que en siete años el Gobierno español no poseyese de la provincia más que la capital, que se veía amenazada de continuo. Villalongín tomó parte en los varios ataques que dieron á Valladolid los diversos jefes insurgentes que merodeaban en la provincia, y no podía haber faltado al de 22 de Diciembre de 1813, dado por Morelos y que tuvo un éxito tan desgraciado. En uno de ellos, Villalongín realizó por su cuenta una hazaña que pudo haberlo hecho dueño de la plaza si la hubiera meditado más y si hubiera reunido algunas tropas más que las de que disponía; sucedió el caso en el mes de Septiembre de 1811.

Hemos dicho que el insurgente dejó á su familia en Valladolid, creyendo que allí estaría segura y que las autoridades coloniales no cometerían ningún desafuero con una señora y unos niños pequeños que en nada se mezclaban en los asuntos públicos, pero se equivocó, pues el Intendente Trujillo, el derrotado de las Cruces, persiguió á la señora de mil modos, y al fin la envió en calidad de presa á la casa de Re-

cogidas, notificándola que si su marido no se presentaba en determinado plazo á solicitar el indulto, la fusilaría. Sabedor Villalongín de esta amenaza, se dirigió sobre Valladolid, de donde á la sazón estaba ausente Trujillo; con la corta fuerza que mandaba se presentó inopinadamente en la garita del Zapote, haciendo huir al retén que había allí, y penetró á la ciudad, llegó con su asistente á la casa de Recogidas, sacó á su esposa, sin que la guarnición hubiera tenido tiempo de reponerse de la sorpresa; ya en la garita, esperó Villalongín al escuadrón que el Comandante Sola destacó contra él y le hizo frente mientras la señora era puesta en salvo, y consiguió rechazarlo, agregando á la astucia la burla, pues dió orden á sus soldados que azotasen á cintarazos los caballos de sus enemigos, ya que por ser tan corta su fuerza no podía hacer prisioneros. Sola creyó perdida la población y antes de evacuarla quiso tentar el último recurso llamando violentamente á Linares, que iba camino de Zamora y que á marchas forzadas regresó á Valladolid. Villalongín, después de permanecer casi todo el día en la garita conquistada, se retiró sin ser perseguido.

Esta hazaña le dió mucha fama en la provincia é hizo que los Comandantes realistas lo persiguiesen con insistencia muchas ocasiones, pero en todas consiguió escapar; sin embargo, después de la derrota de Puruarán, la revolución declinó visiblemente y uno tras otro fueron muriendo ó cayendo prisioneros los insurgentes, llegándole su turno á Villalongín; en Octubre de 1814 se encontraba en Puruándiro con una gruesa partida de tropas disponiéndose á internarse por el Sur cuando Iturbide formó el plan de capturarlo; de la hacienda de Pantoja marchó á Yuriria é hizo una serie de movimientos incomprensible al parecer, pero que tenían por objeto inspirar confianza á aquél; cuando lo creyó conveniente despachó al Teniente Coronel Felipe Castañón á Puruándiro dándole instrucciones para que llegase el 2 de Noviembre, día que por la solemnidad religiosa que se ce-

lebra, los insurgentes habian de estar descuidados. Así se hizo y en la madrugada de ese día el jefe realista sorprendió á los del campo insurgente, que no tuvieron ni tiempo de defenderse; los que no tuvieron tiempo de huir, completamente desarmados, murieron á manos de los asaltantes, y entre ellos e contó Villalongín, no obstante que vendió cara su vida; con él perecieron sesenta y cuatro de sus subordinados y su muerte ayudó mucho á la pacificación de la provincia.

La plazuela de las Animas, de Morelia, ensanchada, se llama hoy de Villalongín, así como una calle de Puruándiro, y los descendientes del caudillo viven aún en aquella ciudad.



DON JOSE MARIA MERCADO.

La biografía del famoso Párroco de Ahualulco sirve mejor que ninguna otra para demostrar lo arraigada que entre los criollos estaba la idea de independenciamiento y lo fácil que hubiera sido realizarla en 1810 si los conspiradores de Querétaro hubieran tenido tiempo de madurar sus planes, y sobre todo si emplean otros procedimientos que los que usaron, ó al menos hubieran tenido la resolución de llevar al último extremo los procedimientos que habian empleado hasta entonces.

Don José María Mercado, hijo de Don José Mercado, nació en el pueblo del Teul, de la provincia de Zacatecas, colindante de Colotlán; estudió las primeras letras y notando su padre que era de inteligencia despejada y afecto á instruirse, lo envió al Seminario de Guadalajara, donde se dedicó á los estudios eclesiásticos, que hizo con lucimiento, ordenándose á la terminación de aquéllos. Como una muestra del aprecio que de él hacia el Obispo Ruiz de Cabañas, lo nombró Profesor del Colegio clerical recién establecido, y posteriormente Párroco de Ahualulco, puesto en el que lo encontró la revolución de 1810. Aunque ella lo interesó profundamente, como interesó á todos los mexicanos y tuvo sus simpatías, no dió muestras de quererla secundar, temeroso seguramente de sufrir un desastre, ya que la provincia de Nueva Galicia permanecía en paz, pero cuando la situación cambió con

la aparición de diversas partidas insurgentes y sobre todo, con la ocupación de Guadalajara por las fuerzas de José Antonio Torres, no vaciló en dar á conocer sus sentimientos y en tomar parte activa en la guerra de Independencia.

"Mucho llamó la atención, dice Alaman, el que Mercado tomase parte en la revolución, porque gozaba de mucha reputación de virtud, y era director de los ejercicios espirituales en Guadalajara, cuando en lo general, los eclesiásticos que se alistaban bajo las banderas de la insurrección, solían ser los más corrompidos del lugar." Las numerosas excepciones de esa regla que podríamos citar, le quitan el carácter de general que le da ese historiador. En unión del Subdelegado Don Juan José Zea, se pronunció Mercado en Ahualulco al saber la ocupación de Guadalajara, é inmediatamente se dirigió á esa ciudad para ponerse á las órdenes de Torres y obtener de él, como lo consiguió, autorización para perseguir á los europeos que iban de huida á refugiarse en el puerto de San Blas y para propagar la revolución en las regiones de Tepic y Nayarit, que conocía muy bien. Torres ninguna dificultad puso al Párroco, sino que por el contrario, se apresuró á darle todas las facultades que pedía, y con ellas el Cura Mercado se puso en camino, formando su ejército sobre la marcha; ocupó sin resistencia la población de Tepic, y aumentado su poco organizado ejército con la Compañía veterana allí residente, ya consideró cosa fácil apoderarse del puerto de San Blas, importante entonces por ser el apostadero del Pacífico y tener el arsenal de ese mar, lo que le daba gran tráfico.

En la plaza había, según el informe de Don Vicente Garro, trescientos marinos, doscientos hombres de la maestranza y trescientos europeos refugiados, armados, dispuestos á defenderse, cuarenta cañones montados y sesenta y tantos sin montar, agua, abundantes municiones y provisiones, seis buques de diverso tonelaje, y algunos armados; en fin, todos los elementos necesarios no sólo para hacer una defensa pro-

longada y fructuosa, sino aun para intentar una salida y derrotar al enemigo obligándolo á levantar el sitio; pero había también, y esto no lo dice Garro, un pánico tremendo causado por las noticias abultadas del éxito que tenía la insurrección, á la cual ya se le creía dueña del Virreinato todo, pues los fugitivos de Guadalajara, que sabían la victoria de las Cruces, ignoraban la derrota de Aculco; había un miedo atroz llevado allí por el Obispo, por el oidor Recacho y por todos los europeos que habían huido de la capital de la provincia, y ese miedo y ese pánico eran más poderosos que los cañones, las municiones y los buques. Contando con él y con la fe inquebrantable que Mercado tenía en su causa, intimó rendición al Comandante del puerto en 26 de Noviembre; en ella llamó Doctor y Virrey á Hidalgo; ofreció garantías á los europeos si se rendían, y consecuente con lo que creía y con lo que poco faltó para que fuera la realidad, hablaba de que estaba "la Nación toda levantada en masa desde el Oriente hasta el Poniente," y peleaba "contra unos pocos hombres encerrados en un rincón de este vasto país." La segunda intimación, hecha dos días después, es un modelo de fanfarronería, y sin embargo, dió el resultado apetecido.

Don José de Lavayen, Comandante del Apostadero, que ignoraba el número de hombres que tenía el Cura, y que sólo sabía, por lo que los fugitivos de Guadalajara le habían relatado, que á los grandes ejércitos insurgentes nada podía resistirles, que derrotaban á los realistas y que ocupaban á sangre y fuego las ciudades, aun cuando estuviesen defendidas, como Guajuato, Valladolid y Guadalajara, y que probablemente á esas horas eran dueños ya de México, creyó, como muchos, que la última hora de la dominación española en México había sonado ya, y juzgó una locura oponerse á lo que juzgaba inevitable; desde su primera comunicación á Mercado se trasluce su intención de capitular, pero antes quiso enviar á un oficial para tratar los pormenores de la rendición Don Agustín Bo-

calán, el comisionado realista, ni discutió siquiera, sino que firmó las bases que le propuso Mercado y que fueron aceptadas por la Junta de Guerra y por Lavayen, con excepción de la referente á la retención de los europeos que fuesen delincuentes; Mercado concedió todo lo que se le pedía y únicamente pidió rehenes.

El primero de Diciembre de 1811, ocupaba el Cura de Ahualulco el puerto de San Blas, sin haber tenido necesidad, en toda su campaña, de disparar un solo tiro, y se había hecho de un Cantón vastísimo, de un puerto muy importante, de un arsenal bien provisto y que como se vió después, fué un gran recurso para la revolución, pues sin los cañones de él no se dá la batalla de Calderón. Los oidores Recacho y Alva, que eran un par de cobardones, fueron los que más influyeron en la rendición, sugestionando á Lavayen, que sin ellos habría cumplido con sus deberes de militar y habría oído á Plowes, Madrazo y García, que eran de opinión que la plaza se sostuviese. El Obispo, los oidores y los europeos, que sabían que la plaza se rendía, embarcaron sus equipajes y personas en el bergantín "San Carlos" y en otros, dirigiéndose á Acapulco; la ocupación se hizo con toda tranquilidad, á pesar de haberse insurreccionado los habitantes del puerto y de las inmediaciones, por instigación del Teniente de Justicia Don Basilio Domínguez.

Inmediatamente Mercado, que ya tenía el nombramiento de Comandante en jefe de las fuerzas del Poniente, expedido por Hidalgo, se dedicó á aprovecharse de los recursos que tenía el arsenal, y pocos días después se hizo dueño de la fragata "Princesa," que fondeó en el puerto, ignorante de lo ocurrido en él. La hazaña de Mercado sólo es comparable á la de Torres conquistando la Nueva Galicia, pues si bien Tepic no tenía la importancia de aquel Reino, el material de guerra adquirido valía en aquellos momentos todo ese Reino, y si á ello se agrega que la conquista no costó ni un solo tiro, se convendrá sin dificultad en que resultó superior. El genio organiza-

dor y previsior del caudillo se revela en los documentos referentes á él, que se han publicado: de Tepic remitió los cañones que llevaba, á Guadalajara, y de San Blas los que capturó en Tepic; á los ocho días de haberse hecho dueño del puerto, ya había despachado treinta y tantos cañones de grueso calibre bajo la dirección de Don Rafael Maldonado.

"Sólo quien conozca el camino de San Blas á Guadalajara, dice el señor Pérez Verdía, podrá comprender los heroicos esfuerzos que para eso se hicieron, pues además de la aspereza del camino, hay que atravesar las profundas é intransitables barrancas de Mochitiltic. Los cañones los mandaba en carretas, conducidos por los indios que en considerable número y guiados por el patriota Don Rafael Maldonado, allanaron obstáculos tan considerables puestos por la naturaleza." Cruz, que dos meses después llevaba cuatro pequeños para batir San Blas, decía que esa tarea era superior á muchas batallas. El número total de bocas de fuego enviadas fué de cuarenta y siete y las cuatro últimas fueron desbarrancadas al saberse la derrota de Calderón.

A los europeos que había en San Blas procuró retenerlos allí Mercado, y en cuanto á los rehenes, fueron enviados á Ixtlán; los otros fueron llevados á Compostela, y la mayoría de ellos fueron degollados en el Cuisillo por Zea, de orden de Hidalgo. Además de que el Comandante del Poniente atendía á la administración del Distrito, tenía el proyecto de utilizar la fragata "Princesa," y los pocos buques servibles que disponía, en organizar una expedición sobre Acapulco, ya que juzgaba á Matlán en poder de González Hermosillo.

Para esta expedición y para recibir órdenes de Hidalgo, salió de San Blas rumbo á Guadalajara, pero en el camino supo el resultado de la batalla de Calderón, comunicada por los Alcaldes del pueblo de Ahualulco el 25 de Enero; desistió de seguir su camino y regresó á Tepic con intención de defenderse, pues comprendía que una vez Guadalajara en poder de los realistas, pon-

drían todo empeño en recuperar á San Blas. Dió orden á Zea de que en la barranca de Taray hiciese resistencia á los realistas hasta donde pudiese y él se situó en "Salates de la Cruz," inmediato á la población, en la que Mercado no quiso permanecer, dirigiéndose después á San Blas.

Cruz salió de Guadalajara llevando mil hombres y cuatro piezas de artillería que al fin dejó en el camino; batió fácilmente á Zea en Taray el día 31, quitándole ocho cañones, y continuó para Tepic, á donde llegó el 8 de Febrero cuando ya estaba hecha la contra-revolución y había muerto el Cura Mercado. Con la misma facilidad con que se pronunciaban entonces se despronunciaban provincias enteras, y de aquí que en momentos cambiase el aspecto de los negocios públicos.

Durante la ausencia de Mercado de San Blas, el Cura de la población, Don Nicolás Santos Verdín, influenciado por los europeos, ó sabedor acaso de las derrotas de Aculco y Calderón, trató de hacer la contra-revolución, á cuyo efecto procuró atraerse la gente de la marinería y de la Maestranza, lo que no le costó mucho trabajo, y con ella se propuso aprehender al jefe insurgente y á sus segundos. La noche del 31 de Enero se realizó el plan, y mientras una parte de los comprometidos se apoderaba del cuartel donde estaban alojados los indios fieles al Cura Mercado, que no tuvieron tiempo de oponer resistencia, la otra se dirigió á la Contaduría, donde aquél se encontraba en unión de varios jefes; uno de éstos, llamado Don Joaquín Romero, que tenía el carácter de Comandante de San Blas, que ya tenía noticia de lo que pasaba, así como el Capitán de artillería, Don Esteban Matemala, resolvieron defenderse; el centinela dió la señal y empezó un tiroteo por las ventanas, en el que murieron dos de los asaltantes y tres quedaron heridos; Romero, Matemala y el centinela, al fin fueron muertos.

El Cura Mercado al escuchar el tiroteo trató de ponerse en salvo por la parte posterior de la casa, pero no se acordó tal vez

que ella daba á un voladero, ó dió algún paso en falso; lo cierto es que se despeñó de una altura considerable ocasionándose la muerte, y que al día siguiente fué encontrado su cadáver en el fondo del barranco; el Cura Verdín antes de darle sepultura, mandó azotarlo públicamente. Los oficiales de Mercado, el padre de éste y 125 soldados indios, fueron llevados á la fragata "Princesa" para que no se fugasen.

El dos de Febrero, al saberse en Tepic lo ocurrido en el puerto, se declaró la contra-revolución y se aprehendió á Zea, que llegaba derrotado; de manera que Cruz, al entrar el día 8 á la villa y el 12 á San Blas, no tuvo otro trabajo que expedir algunas proclamas, pedir que los contrarrevolucionarios devolviesen algunos bienes que indebidamente se habían apropiado y fusilar ó colgar algunas docenas de insurgentes, en lo cual experimentaba singular satisfacción ese cruel militar.

Así terminó la rápida pero brillante epopeya del Cura de Ahualulco, Don José María Mercado, en un plazo que no excedió de ochenta días, en los que se dió á conocer como patriota, se hizo dueño de una extensa región y de grandes recursos que supo aprovechar, y perdió por causa de la fatalidad todas sus conquistas y hasta su vida. La única recompensa que sus hazañas se ha tributado, es agregar su apellido al nombre del pueblo de Ahualulco, pero ni éste, ni Tepic ó San Blas, le han erigido el monumento que deben á la memoria de tan denodado patriota.

Lavayen y Bocalan quedaron viviendo en el Cantón tranquilamente mientras imperó allí Mercado, pero cuando llegaron los realistas fueron presos y sujetos á un proceso en el que salieron absueltos dos años después, gracias á las decisivas influencias de que el primero disponía en México.



DON JOSE MERCADO.

Fué padre del Cura de Aqualulco, y antes de seguir á su hijo á la revolución, era un campesino acomodado del Teul que se habfa ido á establecer al primer pueblo citado, donde ya estaba retirado de los negocios y vivía muy descansadamente.

Cuando su hijo empuñó las armas lo siguió á Tepic y á San Blas, recibiendo de Hidalgo el nombramiento de Comandante de Armas de Tepic; despachado después á la primera de las poblaciones mencionadas, se encontró con que los españoles capitulados ya tramaban una contra-revolución, protegidos por el Cura Vélez y el Subdelegado, y no supo encontrar la energía suficiente para reducirlos al orden, temeroso de faltar á la capitulación estipulada; tuvo algunos disgustos con un comisionado de Hidalgo porque recogió las espadas á los oficiales capitulados y por esta razón mereció una reprimenda de su hijo y superior; al fin se vió obligado á obedecer la orden de aprehender á todos los europeos y remitirlos al Generalísimo. Como hombre poco instruido y sencillez, se dejó dominar por el Comandante Don Rafael López, y cometió tantos desaciertos en Tepic, que su hijo, cuando regresó de su proyectado viaje á Guadalajara, se vió en la necesidad de tenerlo á su lado y se lo llevó á San Blas, dejando en su lugar á otra persona. Los documentos publicados por Hernández Dávalos acreditan nuestras aseveraciones y con-

tienen las varias reprimendas y advertencias que el hijo se vió obligado á dirigir al padre.

Cuando se inició la contra-revolución se encontraba en el puerto y como muchos otros, cayó prisionero, siendo llevado á bordo de la fragata "Princesa," para tenerlo en seguridad hasta que Cruz dispusiese de él. Este jefe llegó á San Blas el 12 de Febrero, y después de dirigir una proclama á los habitantes dándoles las gracias por su fidelidad, formó un Consejo de Guerra que sumariamente condenó á Mercado á ser ahorcado: la sentencia se cumplió el día 14 á las nueve de la mañana. "Mientras estaba encapillado, dice el señor Pérez Verdía, daban un baile á Cruz, y Don Manuel Varela, oficial español, entró á insultarlo."

Como se ha dicho que el único delito de Don José Mercado consistió en ser padre del vencedor de Tepic, hemos buscado en los documentos los antecedentes del anciano insurgente, y ellos nos han dicho que también tomó parte en la insurrección; esto no disculpa á Cruz, pero sí explica la ejecución que mandó hacer en la persona de Mercado.



DON JUAN JOSE ZEA.

Fué compañero de Mercado, y uno de los muchos que habiendo tomado parte en la revolución desde sus comienzos, tuvo un fin prematuro y desastroso.

Era Subdelegado del pueblo de Ahualulco y su jurisdicción en 1810 cuando Torres se adueñó de Guadalajara; de acuerdo con Don José María Mercado, Cura del pueblo, se pronunció en la primera decena de Noviembre de ese año, cuando supo la entrada de aquel caudillo á la capital de la provincia; aceptada la proposición de aquél para expedicionar por Tepic, Zea quedó como segundo suyo, y con tal carácter se dirigió á aquella población, llegando frente á ella el 20 de Noviembre, y situándose con su ejército, que era una chusma de indios armados de hondas, flechas y lanzas, en las lomas de la Cruz, intimó rendición. La Compañía veterana estaba sin jefes y las autoridades del pueblo se encontraban ausentes ó habían huido; el Cura Vélez nada podía hacer y dejó entrar á los insurgentes, que incorporaron á sus fuerzas á la Compañía veterana y se apoderaron de seis cañones que desde luego fueron destinados para Guadalajara.

Zea procuró aumentar su fuerza con la gente de los pueblos inmediatos, que al ejemplo de la Cabecera se iban sublevando, y se dirigió sobre San Blas, pero apenas

hubo capitulado el puerto volvió á Tepic con el carácter de Comandante de la plaza; pero no permaneció muchos días en ella, pues salió á expedicionar por las inmediaciones y después recibió la comisión de llevar á los españoles presos á Guadalajara, pero antes de llegar recibió orden de degollarlos, é incontinenti la ejecutó en el punto llamado el Cuesillo en los últimos días de Diciembre. Se presentó á Hidalgo para darle aviso de haber cumplido con su comisión y permaneció en aquella ciudad hasta la salida del ejército independiente para Calderón.

Salió de Guadalajara rumbo á Magdalena, y según una carta de Zabalza, propalaba la falsa noticia de que Hidalgo no iba al encuentro de Calleja, sino directamente á México, donde se le esperaba. En el camino se reunió con Mercado y ambos tuvieron que retroceder á Tepic para defenderse, pues Cruz se dirigía ya á San Blas; Zea se situó en Maninalco, arriba de la barranca de Taray, con el ejército y con catorce cañones, para disputar el paso el 31 de Enero de 1812; pero flanqueado por las columnas de Quintanar y de Salas, sus soldados dispararon los cañones, volaron el parque y se dispersaron, dirigiéndose unos á San Blas y otros á Tepic. Quintanar con cien caballos se adelantó á ocupar Tepic, pero habiendo recibido orden de ponerse á las de Salas, esperó á éste, y ambos ocuparon la población el 5 de Febrero á medio día, encontrándose con la novedad de que entre el Cura Vélez y el Comandante Francisco Valdés, habían hecho una contra-revolución el dos de ese mismo mes y se habían apoderado de Zea, que volvía derrotado, de los cañones, parque, etc. Cruz ni siquiera tuvo el trabajo de llegar á la población, y comunicaba sus órdenes desde Ixtlán y San Leonel; cuando ya la revolución había terminado, llegó á Tepic el 8 de Febrero, y dió orden de que fuesen ejecutados los jefes insurgentes.

El día 12, que salió Cruz para el puerto, se cumplió la sentencia de Zea, y en los días siguientes siguieron las ejecuciones, se-

con afirma el señor Pérez Verdía. El cadáver del desgraciado Teniente de Hidalgo permaneció colgado durante seis meses á la salida de la población, en el camino de Guadalajara, hasta que una mano piadosa lo descolgó y le dió sepultura.



FRAY FRANCISCO PARRA.

Hé aquí un religioso más que se lanzó á la revolución de Independencia llevado del entusiasmo que en todos los criollos produjo el grito de Dolores.

Este sacerdote, del que no se tienen muchos antecedentes, ingresó á la religión dominicana é hizo sus estudios en Guadalajara, en cuya Universidad se graduó de Doctor, y accidentalmente tenía á sus órdenes la imprenta única que había en aquella ciudad el año de 1810; juzgando fundadamente que ella podía ser un auxiliar poderoso para la revolución, la puso á disposición de Hidalgo la misma noche del 27 de Noviembre, día que el Generalísimo hizo su entrada en la capital de la Nueva Galicia. "Habló largamente con S. E., dice un documento de la época, con entusiasmo y ardor para promover nuestra Independencia, recordándose la antigua amistad que ambos se tenían desde el pueblo de Dolores; allí le ofreció la imprenta que tenía á su cargo el P. Dominicó, primer auxilio de esta clase que tuvo nuestra libertad, y el único que había en todas aquellas provincias; sumamente gustoso el Excmo. señor por este hallazgo (porque creía y le dijeron que los europeos al tiempo de su fuga la habían dejado inutilizada), le encargó la impresión de los primeros papeles que se publicaron, necesarios para comenzar á dar al pueblo una verdadera idea de la justicia de nuestra causa: esto ejecutó el R. P.

Dominico con el mayor empeño é imprimió "á su costa" todas las proclamas, partes y bandos oficiales que entonces ocurrían."

No contento el religioso con haber hecho á la revolución un servicio tan importante como ese, se puso de acuerdo con Don José María González Hermosillo, conocedor de las provincias internas de Occidente, y proyectó llevar las armas insurgentes hasta aquellas remotas provincias. Habló con Hidalgo del asunto, y el Generalísimo, que veía la facilidad con que la revolución se había extendido, á pesar de lo de Aculco, por el país, inmediatamente nombró al padre Parra General, con el grado de Brigadier, y para acallar sus escrúpulos también hizo General á González Hermosillo, advirtiéndole á éste que quedaba á las órdenes de aquél, pues "aunque muy honrado y eminente patriota, era hombre que necesitaba de consejos." Ambos acordaron su plan en presencia de Hidalgo y convinieron en reunirse en el pueblo de la Magdalena.

El 3 de Diciembre salió de Guadalajara el padre Parra, y el 5 se encontraba en el pueblo de la cita, con 500 hombres, de los que 150 eran de á caballo, y 30 nada más tenían fusiles; habiéndosele reunido Hermosillo el día 7, siguieron juntos su camino por las barancas de Mochiltitlic, que atravesaron en los días que pasaban de San Blas para Guadalajara los pesados cañones que enviaba el Cura Mercado; aumentaron su ejército en Tepic, no sin que el Capitán José Antonio López, Teniente de Hermosillo, hubiese tenido algunas dificultades con Don José Mercado por cuestiones de jurisdicción. Para evitarlas, apresuraron su camino, y el 15 del mismo mes llegaban á Acaponeta, último pueblo de Tepic, y atravesaban el río de las Cañas (que ellos llamaron Bayona), donde empezaba la provincia de Sonora.

El día 17 llegó el ejército independiente, que ya contaba con siete mil hombres, frente al Real del Rosario, donde se encontró con los realistas, del que los dividía el río. Pasado á nado, quedó derortado ese ejército, que mandaba Don Pedro Villaescusa, y

se vió obligado á capitular, interviniendo en la operación el padre Parra; siguiéronse otros actos de guerra cuya relación pertenece á la biografía de Hermosillo, y los insurgentes habían avanzado hasta San Ignacio, pero ya las tropas de Sonora mandadas por el General Don Alejo García Conde habían llegado y se preparaban á entrar en acción. Ignorante el padre Parra de esta circunstancia, buscó y encontró vado al río de San Ignacio y habiéndolo atravesado cayó en poder de una pequeña guerrilla que estaba emboscada. Llevado á la población, el Capitán Laredo lo puso en prisión estrecha y con centinela de vista; consiguió, sin embargo, hacer desaparecer sus despachos y una carta que Hidalgo le había dado para el Obispo de la Diócesis, señor Rousset, y únicamente conservó un sermón escrito en francés que le había servido para el que en honor de San Francisco de Asís predicó meses antes en Guadalajara; el Juez de la causa, que ignoraba aquel idioma, creyó que el sermón contenía planes de guerra y lo hizo figurar á la cabeza del proceso. Causa que bajo tales auspicios empezaba, amenazaba terminar muy mal para el padre Parra.

Sin embargo, la llegada del Intendente García Conde hizo cambiar el aspecto de la situación. No era sanguinario, y por lo mismo ordenó que se formase causa en forma al prisionero; esto en aquellos tiempos era cuestión larga, y más lo fué con el triunfo de los realistas sobre los independientes, conseguido el 8 de Enero. No teniendo que hacer allí ya el ejército llegado de Sonora, varios oficiales y el asesor letrado, Lic. Tresguerras, europeo, pidieron que el dominico fuese fusilado, pero á ello se opuso el franciscano Fr. Fernando Madueño, Capellán de García Conde, que ya había consultado el caso con el Obispo y recibido la terminante contestación de este: "en mi Diócesis no se ejecutará á ningún sacerdote." Así, pues, con el pretexto de remitir al preso á Durango, hasta se suspendió la causa, y en una oportunidad que se

presentó fué enviado el padre Parra á aquella ciudad, bien engrillado, eso sí.

Llegado á ella el famoso Bonavía lo entregó al Juez y el Asesor Don Angel Pini-lla, que según un papel de entonces "había jurado no dejar en este suelo gota de sangre americana," asistió á la rigurosa sumaria que se le empezó á formar y que hubiera acabado muy mal para él si su imaginación y sangre fría, así como la simpatía que sabía inspirar á todos los que lo trataban no le hubiesen dado los medios de fugarse de la prisión. En un pasaporte que pudo conseguirse falsificó la firma del Intendente Bonavía y con él y sobornando al carcelero pudo salir de la prisión y de Durango; pasó grandes trabajos en el camino y consiguió llegar á Guadalajara, donde encontró acogida entre los religiosos dominicos; permaneció allí unos tres años, y muy lejos de haber escarmentado con su prisión, estuvo en correspondencia con los insurgentes de las inmediaciones, principalmente con los que ocupaban la isla de Mexcala en la laguna de Chapala, á los que dió varias veces noticias que les fueron de gran utilidad. El General Cruz, que llegó á enterarse de esto ó á sospecharlo, lo tuvo preso en diversos conventos y cuarteles, hasta que nuevamente consiguió fugarse.

Se refugió en México en el convento de su Orden, donde se le veía con prevención y desconfianza, á causa de sus ideas notoriamente insurgentes. Hecha la Independencia é instalada la Junta de premios, se presentó á ella el religioso dominico probando ampliamente sus méritos y servicios y consiguiendo que aquélla emitiera un dictámen sumamente favorable al peticionario con fecha 3 de Diciembre de 1824, y que lo recomendase al Gobierno para que se le diese una canongía, presentándose para ella cuando el patronato estuviese declarado y celebrado el concordato con la Silla Apostólica. Alamán pone en duda los méritos del dominico, tacha de demasiado parcial á la Junta de premios y agrega que aquél no llegó á secularizarse ni á obtener la canongía, (pues como el patronato no llegó á declararse, el Cabildo no tenía motivo al-

guo para hacer aprecio de las recomendaciones del Gobierno); y que falleció en el Convento de Santo Domingo, de México, á mediados del siglo pasado.

Después de las tribulaciones que padeció el padre Parra, siquiera tuvo la satisfacción de ver realizada esa Independencia, por la que trabajó.

Don Carlos Bustamante, seguido por Don Lucas Alamán y un documento publicado por el señor Hernández Dávalos, atribuido al mismo padre Parra, son los que nos hablan de él en los términos que lo hemos hecho; sin embargo, de la causa que se formó al mismo y que vió en el Archivo general el señor Alamán, aparece que no es cierto nada de lo aquí narrado, y que la verdad es la siguiente:

Fray Francisco Parra salió de Guadalajara con un hermano suyo, corista, acompañando á una señora casada con un español que iba á reunirse con su marido; su hermano quedó enfermo en la villa de San Sebastián, á la que regresó pocos días después el P. Parra, que entonces cayó en manos de Hermosillo; sabedor de que aquél se expresaba mal de los insurgentes, lo retuvo á su lado hasta que en San Ignacio consiguió escaparse. Se le formó causa por haber estado algunos días entre los insurgentes y fué enviado á Durango libre y con recomendación del Comandante García Conde. Absuelto, volvió á Guadalajara, pero los indultados Reyes y Salgado entregaron la correspondencia que Parra había seguido con ellos mientras fueron insurgentes. Por este delito fué nuevamente procesado y preso, pero consiguió escaparse y se presentó en 30 de Mayo de 1817 al Cura de Tequila para que lo indultase, como lo verificó.

Admitiendo sin discusión esta versión, resultaría el padre Parra un mentiroso; sin embargo, teniendo en cuenta que los insurgentes al caer en manos de los realistas procuraban quitarse toda clase de responsabilidades y que el Comandante García Conde era muy respetuoso con los sacerdotes, como en diferentes ocasiones hemos tenido oportunidad de comprobarlo, y algo crédulo, se verá que puede haber exagera-

ción en los méritos que se atribuye el padre Parra, pero no una tan completa falta á la verdad que nada de lo que en el documento citado sea cierto: á García Conde pudo haberle dicho lo que le pareció, pero sin embargo, queda el hecho principal de que salió de Guadalajara por los mismos días que González Hermosillo: no hay en su causa la orden que se dice expidió éste para aprehender á aquél, y además, queda el hecho de que habiendo vuelto á Guadalajara estuvo en correspondencia con los insurgentes. A nuestro modo de ver, el señor Alamán no tiene razón cuando desmiente á Bustamante.



D. JOSE MARIA GONZALEZ HERMOSILLO.

A juzgar por el apellido, este insurgente fué nativo de la Nueva Galicia, donde existió ese apellido, y teniendo en cuenta que según un documento, la mujer é hijos de Don José María residían en Tepatitlán, pueblo de esa provincia, hay que convenir en que las presunciones son de que fué originario de ella.

Empezó su carrera militar á las órdenes de Gómez Portugal, pocos días después de iniciada la revolución, y con él entró á Guadalajara el 11 de Noviembre; conocedor de las provincias del Norte, propuso á su jefe ir á conquistarlas, idea que agradó á éste, haciéndole que mandara extender á Hermosillo su nombramiento; sin embargo, no llegó á hacer uso de él, por el acuerdo á que llegó con el amo Torres, de no hacer nada hasta que Hidalgo ó Allende no resolviesen la cuestión de superioridad en el mando que habían sometido á la resolución de esos caudillos. Entre tanto, Hermosillo se dirigió al religioso dominico Fr. Francisco Parra, que no sólo le prometió recomendarlo con Hidalgo, sino ayudarlo en la empresa. En la biografía de aquel religioso hemos visto el arreglo á que se llegó, y que si es cierto, demuestra que Hermosillo era bastante humilde y condescendiente.

El primero de Diciembre dejó á Guadalajara con unos cuantos hombres, y ya el día 6. que entró en la Magdalena, tenfa 1,700

hombres de á pie, 200 caballos y 68 fusiles; llevaba como subalternos á los Tenientes José Antonio López, Don Trinidad Flores, otro apellidado Quintero, y debía ponerse en combinación con el Mariscal Don Antonio Aldama, sobrino de los Generales de ese apellido, que había salido á expedicionar por Tepic. Rápidamente cruzó el Distrito de Tepic, engrosando sus filas, y el 15 del mismo mes de Diciembre cruzaba el río de las Cañas y entraba á la región de Ostimuri ó Sinaloa, perteneciente entonces á la provincia de Sonora. El día 17 se avisó frente al Real del Rosario el ejército realista mandado por el Coronel Don Pedro Villaescusa, disponiendo de mil fusiles y seis piezas de artillería; encontrados varios vados, pasaron los Insurgentes el río en la madrugada siguiente, y divididos en dos columnas flanquearon á Villaescusa, que tuvo que encerrarse en la población; ésta trató de defenderse con la artillería situada en la plaza, pero muertos los artilleros y mutilado bárbaramente el Comandante de la batería, quedó la población por los insurgentes, y aunque la resistencia, más débil á cada momento, duró hasta las cinco de la tarde, el jefe español comprendió que no podría resistir más tiempo y trató de salir de la mejor manera posible de la difícil situación en que se encontraba.

Capituló Villaescusa entregando cañones, armas y material de guerra, y consiguiendo que á él y á una pequeña escolta se le permitiese retirarse rumbo al Norte; el resto de su ejército fué incorporado al insurgente, pero no tardó en empezar á desertarse. Hermosillo recibió como premio de esta victoria el despacho de Coronel y la promesa de ser ascendido á Brigadier cuando llegase á Cosalá, "donde según informes que tenía (Hidalgo) había gruesas cantidades de reales y mucha plata en pasta, de que tenía gran necesidad para los crecidos gastos de su ejército." Hermosillo, que no necesitaba que lo animasen, siguió adelante con su ejército fuerte en 5,601 hombres y ya armado un poco menos mal que al principio; ocupó Calderón, San Sebastián (27 de Diciembre) y siguió para San Ignacio. Siguiendo las instrucciones de Hidalgo,

inundó la comarca de proclamas y reunió los fondos que pudo, remitiendo al Generalísimo catorce marcos de oro y procuró hacerse de más recursos. "Deponga usted, le decía éste en carta de 3 de Enero de 1811, que cayó en manos de García Conde y que éste remitió á Chihuahua, donde se agregó á la causa del Cura de Dolores; deponga usted todo cuidado acerca de los indultos ó libertad de europeos, recogiendo usted dar seguro, y al que fuese inquieto, perturbador ó seductor, ó se (le) conozcan otras disposiciones, los sepultará en el olvido, dándoles muerte con las precauciones necesarias, en partes ocultas y solitarias, para que nadie lo entienda." En otra carta posterior ordenaba á Hermosillo que "procurase realizar cuanto fuese posible los bienes de los europeos."

Poco podía hacer el invasor de Sinaloa en ese sentido, pues no eran muchos los europeos radicados en la provincia, y por otra parte, la actitud de Villaescusa era para preocuparlo exclusivamente. El Coronel derrotado, además de haber reunido bastantes dispersos, había enviado á García Conde correos tras de correos, dándole cuenta de su situación, y había recibido orden de hacer frente al enemigo y entretenerlo mientras llegaba en su auxilio el mismo Intendente. Como consecuencia de estas órdenes se situó en San Ignacio á orillas del río Plaxtla, muy crecido á la sazón, y dejando á Hermosillo que disparase inútilmente cañonazos, se limitó á cuidar los pasos del río; de esa manera pudo hacer prisionero al padre Parra, que encontró vado. Así pasaron los días comprendidos del 29 de Diciembre de 1810 al 8 de Enero de 1811, en que por haber bajado las aguas se facilitó el paso del ejército. Pero en ese intervalo había llegado ya García Conde con cuatrocientos ópatas bien armados y había reunido mucha gente, armada, de la comarca.

El día 8 atravesaron los independientes el río sin ser molestados, y formados en tres columnas se dirigieron al pueblo de San Ignacio, maravillándose de no encontrar resistencia, creyendo que Villaescusa

habría huido, pues ignoraban la llegada del Intendente con su tropa; pero pronto tuvieron ocasión de saber lo que hacían los enemigos: las columnas de la derecha y del centro fueron detenidas por el vivo fuego de la artillería realista, y sólo la de la izquierda consiguió forzar el paso y entrar á la población, pero atacada por los ópatas que ocultos en los zarzales hacían un fuego mortífero, también se desorganizó, acabando los soldados por ponerse en fuga. García Conde exagera al decir que Hermosillo tuvo quinientos muertos y mayor número de heridos y que sus tropas sólo tuvieron tres muertos y diez heridos levemente; ni él perdió tan poca gente, ni el insurgente tanta. También el padre Parra incurre en inexactitudes al decir en su relación que casi fué una sorpresa la derrota de los independentes.

González Hermosillo desapareció en la acción y con su desaparición acabó la revolución en Sinaloa, pues su segundo, José Antonio López, se presentó un mes después en Tepic á Cruz, solicitando indulto; de Quintero y Flores no se vuelve á hablar, y en cuanto á Aldama, que expedicionaba por el Distrito, se retiró violentamente rumbo á Zacatecas y no volvió á aparecer por aquellos rumbos; todos los pueblos invadidos volvieron á la obediencia del Gobierno. No consta que García Conde cometiese ningún exceso con los prisioneros, y únicamente se sabe que se apoderó del campamento de Hermosillo, recogiendo hasta la ropa de los jefes insurrectos, apoderándose de la correspondencia de aquél con Hidalgo. Seguramente porque disponía de pocas fuerzas ó por no invadir ajena jurisdicción, no siguió hasta el Sur del río de las Cañas para reconquistar Tepic, que en esos días aún se hallaba en poder del Cura Mercado.

Algún tiempo después, los documentos de la época vuelven á hacer mención de González Hermosillo. Se mantuvo durante bastante tiempo en los Cantones de Colotlán y de Tepic, gracias á lo escabroso del terreno, y en vano lo persiguieron los Comandantes realistas. En 1813 excursionó por Tepetitlán y Lagos; en 1814 lo vemos al

frente de varias partidas ocupando á Huejúcar y encerrando al Comandante Iriarte en la iglesia y en el reducto del Refugio, y poco tiempo después recibía del Congreso de Chilpancingo los nombramientos de Brigadier y de Comandante general de la provincia de Nueva Galicia; con esta investidura encontramos una orden suya referente á pasaportes; en 4 de Octubre del mismo año de 1814 se presentó en Yahualica é hizo una correría desde Nochistlán hasta Lagos.

No se vuelven á encontrar muchas noticias suyas y se ignora si pereció en alguno de los combates que sostuvo ó si se indultó como tantos, ó en fin, si volvió á tomar las armas en 1821, cuando Iturbide proclamó la Independencia.

Posteriormente á ésta, el Congreso de Jalisco dió al pueblo de Huejúcar en el Cantón de Colotlán el nombre de Hermosillo, pero parece que ha prevalecido el nombre antiguo y el del insurgente fué dado al olvido enteramente.

De todas las campañas de esa época, la de Don José María González Hermosillo fué la más corta, pues en veinticuatro días se realizó, contando desde el en que penetró á Sinaloa; en tan poco espacio de tiempo invadió una extensa región y casi se apoderó de toda ella, derrotó ejércitos, dió lugar á que se rehicieran sus enemigos, fué derrotado y perdió todas sus conquistas. Si todo ello es prueba de lo favorable que la opinión pública era á la idea de Independencia, también lo es del poco acierto y ninguna experiencia de los hombres que se propusieron realizar esa idea.